

do el sol, colgado del péndulo del cenit, avisa al campesino la hora del yantar, éste pesadamente se endereza y a punta de hoz ensarta cardo tras cardo, «la más humilde ma eza de los amapolas y flores» con un creciente lamento de resignación se deja apisonar por la rústica abarca del bracero, en espera de la yesca y el soplo que le hagan arder. Su llama vivaracha parece demostrar un trágico contento al sentirse sucedáneo de un tronco o de unas ramas que, en su pimpante delicadeza, han marchado en éxodo continuo a otros climas en donde el agua no se riega con incienso de poivo en la pura arrojada de la cumbre, ni se disputa entre plantas y tierra con el coraje que da la lucha por la existencia.

Cuántas veces los pordioseros y vagabundos, «displaced persons» de una sociedad que parece olvidar los problemas externos, han encontrado en el cardo, en «el producto más tosco del ocio del erial», el consuelo o sustento necesarios para proseguir esa emigración sin origen ni destino, ese continuo andar y desandar del pedigrüño. Hoy son las pencas, solucionando la comida; mañana serán los comedores denunciando al basero y el rollo, «el rollo» de los comedores exquisitos; después será el alivio para los ateridos músculos del caminante, o el útil de trabajo para el cardador, o el cardizal, alimento y sombra de los campestres pajarillos, o simplemente el heraldo que, dando suelta al bando de su pelusa, pregone a los cuatro vientos la madurez de un fruto, producto y orgullo de la laboriosidad de una región.

El hecho de que su apariencia sea poco agradable (y esto entra ya dentro de un área tan diversa y personal como es el gusto) no justifica ese calificativo de simbolismo demoníaco o luzbeliano que alguien ha querido ver en él; harta variedad es pretender enjuiciar por los simples signos exteriores; dígalo sino el Arcipreste de Hita en su «Libro de Buen Amor»:

«Sobre la espina está la noble rosa flor,  
en fea letra está saber de grand doctor;  
como so mala capa yace buen bebedor,  
así so el mal tabardo está buen amor.»

Y si, en la vida, el diablo lucha incansable por su causa, el lugar santo es terreno vedado a su conspiración; la muerte acarreará su victoria o su derrota, pero no consiente compartir con nadie sus dominios; en cambio el cardo está allí, a hurtadillas, pero presente también, como en continuo homenaje a aquellos que reposan en la más larga de las estaciones; así lo vió Unamuno en sus «Andanzas y visiones españolas» cuando, asomado al tapial de «un cementerio de lugar castellano», anotó—transcribió más bien—:

«y crecen escondidas amapolas,  
clavelinas, magarzas, brezos, cardos,  
entre arrumbadas cruces,  
no más que de las aves libres pasto.»

Y un poeta de la meseta, el manchego Juan Alcaide, puesto en el trance de buscar un nombre con que distinguir a los hijos de su ingenio, no anda indeciso por que, sin duda, el continuo coloquio con el paisaje se lo dió resuelto: «Poemas de la Cardencha en Flor».

Como resignado eremita, sabedor de su relativa insociabilidad vegetal, el cardo espera pacientemente la hora en que pueda ser útil a alguien, entretanto recibe «una última caricia del soplo divino que se ocupa hasta de los cardos», porque ellos también están puestos en la tierra por la mano del Señor, ya que si no: «Toda planta que no plantó mi Padre celestial, será desarraigada.» (San Mateo, XV, 13.)

**Félix-Manuel Martínez Fronce.**

